

"Son gran cosa letras para dar en toda luz."

Santa Teresa

## De la Vocación a las Letras

**E**NTRAR en el mundo de las letras implica entrar en un mundo construido con los episodios triunfantes o desolados de existencias que, como la de Don Quijote, tienen su savia de inmortalidad en haber nacido de la pura imaginación.

Pero, el milagro de las letras consiste en que, al mismo tiempo que a través de ellas vivimos de vidas distintas a la nuestra cotidiana, levantamos en nosotros un edificio, cuya imagen teníamos en el fondo mismo del alma, pero disimulada por las pequeñeces de todos los días. Levantamos el edificio, de nuestra personalidad: aprendemos a descubrirnos.

Y al descubrirnos, aprendemos a vivir más cerca de la Humanidad, a padecer y gozar con esos seres sufrientes y pensantes de todos los tiempos, cuya fisonomía nos da el escritor.

Y tanto nos la da que, desde sus orígenes, todos los pueblos se han preocupado por entroncar sus glorias a composiciones literarias, como La ILIADA, LA ODISEA, el poema del MIO CID. Porque, así como Hamlet se salva por saber escribir, también las épocas se salvan por los escritores que han sido testigos de ellas.

En este aspecto, el escritor es el hombre para quien la vida tiene un desquite. De todas las formas de la existencia, es la única que puede "clarvar la rueda del tiempo" como diría Unamuno, eternizando en sus trabajos el minuto pasajero.

Parecería una paradoja: dije al principio que los personajes literarios son productos de la pura imaginación y ahora presento al escritor como al hombre que pinta las cosas de su época, eternizándolas. Aclaro entonces, que los personajes literarios no existen total y de una sola pieza en la realidad, pero tampoco puede haber obras de pura fantasía; y es fácil comprobar que ésta surge de la combinación de elementos que el artista encuentra desparramados en la realidad.

Y el laboratorio donde se realiza esta combinación es la vida misma. El autor necesita estar en ella, sentir a veces en su boca el viento amargo de la desgracia para que, al primer soplo de inspiración, se encienda con nueva luz ese presente vivido con intensidad dramática.

Por eso, quien quiera tener una idea exacta de los tipos humanos de una época, de sus goces y de sus padecimientos, no recurrirá a la Historia sino a la Literatura. Esta toma el tiempo caliente de actualidad, como el hierro al rojo; en cambio, la Historia resucita un tiempo pasado; trabaja heroica y maga, por dar voz a elementos que la han perdido, pero con frecuencia llama a puertas tras de las cuales nadie responde.

Además, mientras la Literatura se hace con las pequeñas cosas de todos los días, la Historia se hace con los grandes hechos de todos los tiempos. La Historia es, como dice Pablo Rojas Paz "la capa de arminño de Luis XVI". La Literatura "es el traje de Arlequín hecho de retazos".

Y por lo mismo que la Historia no hilvana retazos, sino que observa como se organiza el paisaje de conjunto, tiene que apartarse un poco del cuadro de la época, pues no cabe éste en toda su amplitud en el foco de la visión; más, al colocarse en perspectiva de lejanía, el historiador pierde de vista la riqueza de ciertas muniticias. Es necesario, para captarlas, usar el procedimiento del ultramicroscopio, mirar las cosas al trasluz, con esa rectitud de los rayos solares que se filtran por la ventana, volviendo visibles las moléculas de polvo que flotan en el aire. Y eso es la Literatura: un rayo de luz que deja ver las moléculas de su tiempo.

Tratemos de leer las obras literarias en que el rayo de luz ilumine moléculas de verdad, de bien, de belleza para que, ante el buen uso de la palabra, ese maravilloso instrumento del escritor, podamos decir con Lu-gones que "en el dominio humano, como en la obra de la Creación AL PRINCIPIO ES EL VERBO.

FEDERICA FEDIE

## Del viaje a Tolombón

Ilustramos esta página con una nota gráfica del viaje de estudios realizado por el "Círculo Akida", de Estudiantes de Historia a Tolombón (Salta)



Aquí un grupo de expedicionarios hace un alto en el camino. Aparecen en la foto: Salvador Storni, Raquel Sáenz de Aréchaga, Graciela Lapido, Zunilda González Zimmerman, Esthercita Alvarez, Elsa Eckert, Pina Ragau, María Cristina Domínguez, Roberto Fraboschi y Nélica Mausó.